

Y Dios creó el silencio

Dalmiro Gavilán Santos

Primer accésit

Querido Niccolo! Por la gracia de Dios Nuestro Señor, llevas con nosotros algo más de cinco años. Nunca te hemos pedido nada a cambio, al contrario, te hemos colmado de lujo. Te hemos atendido y cuidado como si fueras nuestro propio hijo. Ha llegado la hora de que recibamos algo a cambio. Te hemos educado, vestido y has aprendido las cuatro reglas. Estás a punto de entrar en esa edad en la que dejas atrás al niño para hacerte hombre. Solamente te pedimos una parte mínima de ti, algo que no es imprescindible, para que llegues a triunfar como persona. Al contrario, te puedes convertir en el número uno dentro del *bel canto*, incluso llevarte al coro de la Sextina.

El niño no entendió ni una palabra de lo que quería decirle su educador. Siguió caminando con la cabeza bajo, al ritmo cansino que le marcaba su interlocutor.

El padre Guillermo, deán de la catedral y director del coro catedralicio, paseaba aquella mañana de primavera por el patio interior de la seo con su discípulo favorito. Su pulcra sotana negra le hacía parecer mucho más alto a pesar de que el abultado abdomen amenazaba con hacer saltar por los aires la abotonadura. Miraba el suelo, con las manos cruzadas a la espalda, con pasos cortos, midiendo las palabras y contando las lajas de piedra del adoquinado. Reconoció que era difícil explicar el futuro que habían ideado para aquel niño. Le había cogido cariño al pequeño desarrapado que cantaba como los querubines. Sus manos se soltaron y tuvo la intención de acariciar la cabeza de su protegido, pero el esbozo fue reprimido al instante. Tenía que guardar la compostura.

No era más que un mocoso cuando entró a formar parte del coro y gracias a la experiencia del sacerdote había logrado modular una voz nacida para el canto. Siempre le había tenido un aprecio especial, aunque nunca lo reconocería en público, pero aún más desde que el obispo, a punto de ascender al arzobispado, se había fijado en él. Monseñor había comentado a los más íntimos que estaba dispuesto a formar un pequeño coro de cámara en el que el todavía niño Niccolo sería el soberano, el supremo, el soprano.

Su Eminencia, muy pronto Su Eminencia Reverendísima —aunque nunca se había distinguido en piedad y prudencia, pues era déspota, engreído, amigo del buen comer y beber y de encontrar la cama caliente —, no aceptaba nunca un no por respuesta a sus caprichos mundanos. Ansiaba seguir ascendiendo en el escalafón y a punto estaba de conseguirlo. Ya estaba preparado para ocupar la archidiócesis. En su cabeza guardaba celosamente los nombres de quienes le acompañarían en su ascenso. Entre estos figuraba el de Niccolo Fierrato.

El deán no sabía muy bien cómo llevar a cabo los deseos de monseñor Mariterra dela Cota, pues la iglesia se mostraba cada vez más contraria a ciertas prácticas y aunque en la mayoría de los casos hacía la vista gorda, era intransigente a la hora de dar sepultura a uno de sus hijos cuando había sido mutilado.

Sabía que no necesitaba la autorización de los padres de Niccolo, pues a todos los efectos había sido adoptado por el cabildo, y no se le pediría, pero le pareció prudente informarles.

A los pocos días hizo llamar a los progenitores del joven cantor para exponerles los planes de futuro. Comenzó haciendo un elogio del mar de virtudes que poseía y del brillante futuro que le esperaba dentro del mundo del canto si conservaba aquella voz cristalina y perfecta con la que Dios le había dotado, pues le hacía diferente al resto de niños y de mortales.

Nuestro muy amado obispo —prosiguió explicando—, y sois conscientes de que habla en nombre de Nuestro Señor, me ha pedido que os comunique que quiere crear un coro de cámara donde Niccolo será la figura que eclipse no solo al resto de voces, sino al mundo entero. Como muy bien sabéis, no obstante, nos enfrentamos a un grave problema que hemos de solucionar en breve espacio de tiempo, pues si permitimos que la naturaleza siga su curso, el joven se convertirá en hombre y perderá así todas las dotes que posee, que son inmensas, para el canto.

Sentados en la sacristía, ante una robusta mesa bellamente labrada con motivos de la vida de Cristo en el frente y los laterales, los padres de Niccolo permanecían con la cabeza baja como correspondía a los de su clase cuando se presentaban ante una alta autoridad eclesiástica. Al igual que le ocurriera a su hijo semanas atrás, ellos tampoco entendían nada, pero intuían los propósitos. El sacerdote se dio cuenta y, aunque no le parecía prudente entrar en detalles escabrosos que pusieran más nerviosos a los progenitores, decidió ser un poco más explícito.

Se trata —continuó con un tono de voz más imperioso aún— de que un barbero, que si bien no sabe latín es mucho más experto en estos menesteres que un galeno, le practique una minúscula intervención que permita que la voz de Niccolo permanezca inalterable durante el resto de su vida. Su cuerpo continuará el proceso natural, pero su canto seguirá siendo cristalino y puro como el de un querubín libre de pecado.

El silencio se hizo pesado como una sentencia. Por la mejilla de la madre dos lágrimas atraídas por la gravedad comenzaron a caer espontáneamente. El corazón se le encogió como queriendo hacerse invisible y el instinto materno le nubló el raciocinio. En su fuero interno se instaló una inmensa duda. ¿Qué podía hacer? Nada.

Claro que bien mirado, pensó la madre, aquello significaba que su hijo saliera de la miseria y se convirtiera en un ¿hombre? de provecho. Aceptó de pleno entregar su retoño a la iglesia. Recordó las palabras en latín que un día le había dicho el sacerdote y que le parecieron bonitas: "Ad honores Dei" (por la gloria de Dios).

El deán conocía por numerosas referencias al mejor barbero de la ciudad, experto en realizar

emasculaciones. Hacia su establecimiento dirigió los pasos. En un apartado discreto mantuvieron una corta pero intensa entrevista donde acordaron los términos de la intervención, la fecha, los emolumentos y los silencios que tenía que llevarse a la tumba, pues un alto dignatario de la iglesia no podía participar en tales menesteres.

El día previsto, a la hora señalada, el padre Guillermo, acompañado por Niccolo y su madre —había insistido tanto para estar presente que no hubo forma de hacerla entrar en razones para que desistiera— acudieron a la barbería. En el local, convenientemente vacío de miradas indiscretas, esperaban el barbero y su ayudante, un muchacho que apenas había pasado la pubertad pero de complexión fornida. El barbero saludó a los visitantes haciendo la señal de la cruz sobre su frente.

Un sillón en cuyos brazos y patas había unas correas de cuero para sujetar al paciente, una mesa con varios instrumentales y dos jofainas, una con agua fría y otra con aceite de laurel, y un pequeño fuego en una esquina, a pesar de que no hacía frío, era el mobiliario de la estancia.

El joven, una vez sentado y atado, comenzó a sudar abundantemente cuando le desposeyeron del calzón y quedaron al aire sus partes más íntimas aún sin desarrollar plenamente.

El barbero, agachado entre sus piernas, le aplicó agua gélida en abundancia para aminorar el dolor. Tomó un trozo de lino amarillento y comenzó a envolver fuertemente, desde su base, el pene y los testículos. El joven, angustiado y aterrorizado, no dejaba de gritar a pleno pulmón ante la presión del torniquete que le estrangulaba el miembro viril.

Sujetando el vendaje con la mano izquierda, con la derecha tomó un cuchillo corvo y lo levantó en el aire. Antes de proceder volvió a repetir el formulismo: Tal y como es costumbre, y por tanto ley, como orientador de Niccolo Fierrato, quien carece aún de raciocinio, y puesto que se trata de una operación irreversible, padre Guillermo ¿sois conformes y dais vuestro consentimiento para practicarle la emasculación?

A la vez que el sacerdote bajaba los ojos e inclinaba ligeramente la cabeza en señal de aprobación, —la madre del niño, postrada de hinojos, rezaba en silencio una plegaria— el barbero, con la destreza de un experto cirujano, descargó con movimiento rápido y certero un tajo seco que cercenó los testículos y el pene.

El aullido de animal herido, incapaz de sofocar el inmenso e inhumano dolor, se oyó en varios manzanas. Antes de perder el conocimiento, intuyó, más que vio, sus atributos masculinos yacer sobre un pequeño cuenco de cinc. Notó que la vida se le escapaba y todo comenzó a teñirse de un intenso color rojo producto de la abundante hemorragia.

El barbero tomó una pequeña bola de estaño y la introdujo en el conducto uretral para impedir que la sangre y la cicatrización de la herida cerraran el conducto urinario y conllevara la muerte del paciente. Seguidamente se afanó en cauterizar la herida y detener la hemorragia. Observó que el corte había sido preciso y limpio. Su pulso se mantenía aún firme a la hora de amputar. Se acercó al fuego, tomó una pequeña paleta al rojo vivo y la aplicó sobre la herida reciente. Empapó un paño

limpio en aceite de laurel y se mostró generoso en su aplicación sobre la zona extirpada.

Cuando la sangre dejó de fluir como un río desbordado, le colocó un emplasto de miel y hojas machacadas de laurel. Vistieron al niño y se lo llevaron sin que hubiera recobrado aún el conocimiento. ¿Recomendación? Aplicar el emplasto mañana y tarde y abstenerse de que tomara en los próximos días líquido alguno para no generar orina.

El eunuco se recuperó satisfactoriamente, pues la castración resultó un éxito. Sin embargo, hay heridas invisibles y profundas que no cicatrizan nunca y que nadie sabe cómo restañarlas. Se ulceran, se pudren desde el interior y el daño es irreparable.

Desde el día de la operación, Niccolo no había vuelto a articular palabra. Daba la sensación de que había perdido la facultad del habla. Hasta el propio obispo se interesó, pero el resultado fue siempre el mismo: ni palabra.

Monseñor Mariterra, aceptando con desesperación que había perdido a su mejor cantor, realizó su diagnóstico: La herida ha permanecido demasiado tiempo y por ella han penetrado los males hasta adueñarse del tesoro más querido que poseía nuestro querido Niccolo, su voz. Debido a que ha nacido una nueva vida, debemos purificarlo para expulsar al maligno de su cuerpo. Para ello, en un capilla de la catedral celebraremos su bautismo, comunión y confirmación al mismo tiempo. En la ceremonia quiero que estén presentes sus compañeros de coro para que con sus voces inciten e inviten a que el mal se aleje de él. Os encomiendo, como preceptor que sois de él, que organicéis la ceremonia con todo el boato necesario para la ocasión. Si el joven no recupera la voz, no podremos quedarnos con él durante más tiempo. Sabe música y las cuatro reglas para buscarse la vida. No podemos mantener más lisiados en el palacio episcopal.

Como el alma del niño estaba inmaculada, el culto no surtió los efectos deseados. A los pocos meses, el hijo pródigo regresaba a la casa paterna. Los padres adoptivos entregaban a los biológicos al evirati, junto con una pequeña cantidad de dinero por los servicios prestados.

La madre de Niccolo, dicen que de pena, falleció poco después. Su padre sacó adelante como pudo a sus ocho hijos. El querubín que perdió su dulce voz permaneció el resto de sus días encerrado en una habitación, dibujando pentagramas imaginarios y soñando con melodías imposibles de entonar. A lo largo de su corta vida compuso numerosas canciones para coro, pero ninguna, como es lógico, vio la luz.

A finales del siglo XVIII, en la Italia que vivía el siglo de las Luces, se popularizó una canción, dicen que de autor anónimo, cuyo título era "Dolor por una madre".

El Concierto

Ana Ayuso Salazar

Segundo accésit

Al Compás de la música, la vida en el campo se llevaba mejor. No demasiado mejor porque el hambre, el frío y el cansancio nos perseguían como una maldición bíblica, sin embargo nos permitía olvidarnos de nosotros y de nuestros carceleros durante algunos minutos, los necesarios para interpretar un crescendo o algún pasaje de inusitada emoción. Nunca me jacté de ser hijo del hombre capaz de arrancar al violonchelo todos sus secretos. Al orgullo se sumaba la vergüenza de saberlo resguardado de las inclemencias del tiempo y de los desmanes de los guardias, mientras los padres de los niños que se afanaban conmigo reforzando con *chamota* los crematorios donde muchos arderíamos, se despellejaban las manos y el alma en un trabajo pensado para quebrar las fortalezas más enteras. Sin embargo, muchos lo sabían, como yo sabía quién era huérfano desde aquella misma mañana o quién probablemente lo sería al anochecer. No parecían guardarme rencor. Al contrario, me miraban con gesto agradecido, como si yo fuera responsable de ese regalo extendido por el aire en toda la prisión.

Nada más conocer la presencia de mi padre en el campo, el *Sturmbannführer* le puso un violonchelo en las manos y le ordenó tocar. Al principio le llamaba sólo en algunas ocasiones, cuando se hastiaba de contemplar seres inferiores y de lidiar con ellos, con nosotros. Después surgió lo del concierto en Düsseldorf y pensó que se apuntaría un tanto si Miklós Laszlo, el gran concertista húngaro, interpretaba con su maestría alguna de las obras para violonchelo de Schumann. Estableció ensayos de quince horas diarias, las mismas empleadas por el resto en trabajar. Mi padre acató sus disposiciones convencido de estar salvando su vida, pero también con una gran dosis de remordimiento por ser un privilegiado, mientras mi madre, las mellizas y yo desfallecíamos, en compañía de todos los muertos en vida con quienes compartíamos destino. No obstante, al reunirse con los hombres en el barracón, por la noche, sólo recibía muestras de afecto.

En septiembre, las mellizas desaparecieron. Habían transcurrido cinco meses desde nuestra llegada y casi todas las mañanas conseguíamos vislumbrarlas en el recuento, una a cada lado de mi madre. De pronto, dejaron de estar allí. Circulaban muchos rumores sobre estudios con mellizos. Yo no quise saber nada. Intenté olvidarme de mis hermanas, como si nunca hubieran existido. Preferí negarlas a imaginar su sufrimiento laceradas por agujas inyectándoles a saber qué mortíferos inventos de la maldad humana. Mi madre comenzó a consumirse a una velocidad alarmante y Miklós Laszlo a tocar a todas horas el concierto para violonchelo de Schumann, el preferido por ella. La música no logró convencerla para seguir adelante, por él, y sobre todo por mí, el hijo que

todavía le quedaba. Una mañana ya no estuvo más. También traté de arrinconarla, pero eran demasiados muertos para un cuerpo tan pequeño. Yo entonces tenía ocho años y si continuaba vivo era gracias a que aún podía ser útil en el trabajo. Ningún niño pequeño sobrevivía más de unas horas, sólo aquellos de quienes se podía sacar algún rendimiento teníamos una oportunidad. A mi padre, el *Sturmbannführer* le invitaba a comer. Al parecer disfrutaba con su conversación. Eran dos melómanos unidos por extrañas circunstancias y a veces lograban olvidar que uno estaba allí para doblegar al otro. Por la noche, me daba su sopa aguada. En ocasiones, incluso conseguía escamotear de la mesa de su anfitrión alguna exquisitez que yo devoraba a escondidas, en mi camastro. Esa doble ración me mantenía fuerte en comparación con los otros niños. Aún así, estaba flaco como el tallo de una flor.

Miklós Laszlo amaba a mi madre con pasión, pese a ello permaneció firme después de su muerte. El pensar en mí le forzaba a continuar. El concierto de Düsseldorf se acercaba y su violonchelo apenas tenía reposo. En sus paseos por la prisión se veía al *Sturmbannführer* absorto en las partituras, llevando con sus manos el compás como un director de orquesta. Yo temía la llegada del concierto. Mi padre se ausentaría al menos durante una semana y me asustaba que nunca regresara. Sin embargo, horas antes de la convenida para su marcha, me despertó. *Te vienes conmigo*, dijo y el corazón me dio un vuelco. Mientras me vestía en silencio abrió la funda de su violonchelo. Estaba vacía y me estremecí al pensar en el castigo que recibiría de haberlo perdido. Iba a preguntar por el instrumento pero se llevó un dedo a los labios pidiéndome silencio. Una vez vestido, me ordenó meterme dentro del estuche y me señaló un agujero disimulando en un lateral. Me acurruqué asustado en el terciopelo procurando encajar mi nariz en la abertura. Mi última imagen fue la de sus ojos mirándome con amor. Después, oscuridad.

No sé cuantas horas permanecí en la caja. La mayor parte del viaje lo realicé inconsciente por la escasez de aire y por el pánico, que me anquilosaba más que la estrechez de mi escondite. Me desperté cuando el zarandeo del tren se detuvo. Oí a mi padre negarse a dejar su violonchelo en manos de un mozo alegando nunca separarse de él. Me subieron en un auto y llegamos al teatro. En el camerino, a solas, abrió el estuche. En su cara se reflejó mi propio alivio. No había muerto asfíxiado. Me ayudó a salir y aguardó a que hinchara mis pulmones con una bocanada y desperezara mis músculos adormecidos antes de abrazarme con fuerza. Lloraba. Nunca le había visto llorar. Me sentí incapaz de desentumecer mi corazón. Desde entonces lo noto encogido.

Un frac negro colgaba de una percha. Se vistió con él. Le venía ancho y parecía flotar a su alrededor. Pensé en cómo le hubiera gustado a mi madre verlo tan elegante. *Escúchame con atención* —me susurró— *escóndete y no salgas. Pase lo que pase, oigas lo que oigas, no salgas. Aunque yo no vuelva. Tú, al menos tú, debes salvarte.*

Cerró la caja del violonchelo y salió. Unos minutos después escuché aplausos, transformados al poco en un griterío de voces enardecidas. Y en seguida, un disparo.

Mi padre no regresó. Viví escondido en el teatro hasta el final de la guerra. Me alimentaba

de la fruta y los dulces que los nazis ofrecían a los artistas, robándolos con tiento para no delatar mi presencia. El tramoyista del teatro se enteró de que un niño había permanecido oculto *en su teatro* varios meses. Me buscó en el hospital de la Cruz Roja donde me recuperaba de mi miedo y me contó cómo había muerto Miklós Laszlo. Tras recibir los aplausos del público abrió la funda, se inclinó simulando sacar con mucha delicadeza un violonchelo y empezó a tocar dejándose cautivar por la música imaginada. Se armó un gran alboroto. El público, compuesto por lo más selecto de la SS, le increpó por su burla, lo acusaron de humillación. Desde el palco de honor, el *Sturmbannführer* levantó su arma y le descerrajó un tiro. Se derrumbó en el escenario y allí permaneció horas, abrazado a su chelo invisible.

No he vuelto a escuchar el concierto de Schumann. Han pasado los años, tal vez demasiados, sin reunir la fuerza necesaria. *Cuando sea viejo y ya no me duela*, me he dicho en infinidad de ocasiones. Ahora ya soy ese viejo pero no logro anestesiarme. El tiempo no es garantía de nada y el mío se acaba. Por eso estoy en el auditorio. El programa anuncia que la orquesta va a interpretar la pieza favorita de mis padres. Estoy preparado para llorar al gran Miklós Laszlo. Sin fisuras, sin pretextos. Llorar. Al compás de la música, llorar.

© El Autor y La Asociación Literaria y Cultural Café Compás de Valladolid